

El pensamiento de dios

JUAN DE MOLINA

El hombre que disfruta escuchando a los Beatles y a Édith Piaf tanto como disfruta con Brahms y Puccini, mira la calle mojada. Es una noche lluviosa de marzo de 1991. Está acostumbrado a este clima, aunque no le gusta. Ya en su etapa de timonel en Oxford odiaba levantarse temprano para los entrenamientos y tener que aguantar estoicamente, bajo la cellisca, el corajudo avance del bote sobre las gélidas aguas del río.

Por alguna razón, se acuerda de Jane mientras mira a ambos lados de la calzada. Está tan reciente su separación, la humillación doméstica con la presencia del *otro* en su propio hogar, los tres bajo el mismo techo, que aún no ha conseguido exorcizar sus fantasmas.

Observa el destello de los focos de los automóviles y decide cruzar. Pero el hombre que tanta familiaridad tiene con la velocidad de la luz, el hombre tranquilo que está habituado a las ecuaciones abstractas y al cálculo matemático, no ha calibrado adecuadamente la

distancia de los vehículos que emiten sus haces de luz en la noche. De modo que al impacto tremendo le sigue la oscuridad.

Poco a poco, le llega una luz, y alguien que no conoce, alguien que viste una bata blanca le recuerda lo que le ha sucedido y le pregunta que cómo se encuentra. Está tan acostumbrado a perder las apuestas con los estudiantes y sus colegas científicos, que ese error de cálculo que ha acabado con él en medio de la calzada, con las piernas entrelazadas sobre la silla de ruedas, se le antoja una anécdota más de su azarosa vida personal. Así que, aunque el sistema computarizado que le permite hablar ha sufrido daños irreparables, se ha fracturado un brazo y se ha abierto una brecha en la cabeza, cuando hace balance de lo acontecido, levanta una ceja y acierta a resumir en su interior: “Podía haber sido peor.”

Elaine, su enfermera particular, que lo conoce tan bien, que no se ha separado en todo momento de la cama y que le sostiene la mano desmayada en un claro gesto de cariño, le mira el enorme costurón de trece puntos que le surca el cuero cabelludo y esboza una sonrisa.

—Ha hablado el optimista impenitente —dice, mirando al doctor, que mueve la cabeza de un lado a otro en señal de incredulidad.

El hombre de las gafas de montura de acero, el hombre que se jacta públicamente de haber nacido en el día en que se cumplía el tricentenario de la muerte de Galileo Galilei, siente un leve mareo y nota que se hunde en

la niebla de la inconsciencia. Permanece en ese estado por un tiempo indeterminado, hasta que una voz familiar lo regresa de nuevo a la habitación del hospital.

Se nota tumefacto y dolorido. Sus ojos se desplazan hacia abajo y observa el tubo de plástico que le sale de la tráquea. Sabe que está vivo, que, una vez más, le está ganando el pulso a la muerte. Recuerda cuando le diagnosticaron la esclerosis lateral amiotrófica, hace ya veintiocho años. “Tienes la ELA”, le había dicho el doctor en presencia de su padre. Ambos le habían exigido la verdad al galeno, y el especialista le vaticinó no más de dos años de vida. “Es una enfermedad degenerativa, progresiva e incurable, que afecta a los músculos, pero que no daña al cerebro”.

¿Quién no habría caído en la más profunda depresión? El hombre que siente debilidad por los pósteres de Marilyn Monroe, el estudiante para quien Bertrand Russell era poco menos que un héroe, el hombre que había conseguido la famosa Cátedra Lucasiana de Matemáticas en Cambridge, se recuerda encerrado en su habitación, escuchando a Wagner a todo volumen. Se recuerda compadeciéndose de sí mismo como un personaje trágico, y, aunque no puede controlar su sistema periférico, el rastro de felicidad le aflora en los ojos, la luz de su optimismo se refleja en su mirada tras sus gafas perennes, como un destello de energía que escapa del horizonte de sucesos de un agujero negro. Le habían diagnosticado no más de dos años de vida... y ya hace veintiocho años de aquella horrible noticia.

Ya en el último curso de Oxford comenzó a darse cuenta de que balbuceaba al hablar, que le costaba trabajo atarse los cordones de los zapatos, que se estaba volviendo un “patoso”. Afortunadamente, había elegido estudiar Cosmología en Cambridge, había optado por la física teórica, y, para esta disciplina, el cuerpo no contaba, lo importante era el cerebro... y él disponía de uno enormemente dotado para las abstracciones geométricas y espaciales.

Aunque su rostro no lo manifiesta de forma perceptible, a pesar de la asfixia que ahora lo invade, en este momento está sonriendo abiertamente, pues se ha visto de forma fugaz en la popa del bote, conduciendo, a voz en grito, a los esforzados remeros de Oxford; y luego se ve ausentándose de la tarea de timonel y volando hacia un plano superior, un mundo donde habitan complejas ecuaciones, universos primigenios, negros agujeros siniestros, con un hambre tan voraz que engullen todo lo que osa acercarse a su campo de acción... Un mundo tan interior, un mundo tan *suyo*, que en él encuentra su elemento natural; un mundo en el que su pensamiento ensimismado se abisma por agujeros de gusano que lo trasladan al otro lado. Ese lado que lo regresa a la asfixia pasajera y que ha dado paso, a continuación, a una luz blanca y a un olor de asepsia y de lejía.

Ahora es de nuevo el hombre de la voz metálica, el hombre que ha publicado una *Historia del tiempo* que se convierte en un best seller de alcance internacional, un

éxito editorial sin precedentes para una obra de divulgación científica, que le permite afrontar los gastos de la atención constante de su enfermedad y que lo salvan de terminar en un asilo por falta de recursos; el hombre que ha popularizado términos científicos como el *Big Bang* y el *Big Crunch*, la idea del universo en expansión a la vez que el universo inflacionario, la eterna dicotomía de la ciencia, el abanico de posibilidades de donde brota el conocimiento, mas, también, las dudas filosóficas, las dudas metafísicas que bordean, sin traspasarlas, las fronteras de las certezas empíricas, los pilares sobre los que la ciencia ha construido el edificio de la sabiduría. Y es aquí donde el hombre del belfo caído y los brazos desmayados sobre el regazo piensa en Galileo, en Newton, en Einstein, sus ilustres predecesores en la hermosa tarea de arrojar luz sobre las sombras, de indagar en el misterio de las leyes que gobiernan el mundo conocido.

De repente, siente que se marea de nuevo. Nota la mano del sueño tirando hacia abajo. ¿Acaso es la hora? ¿Esta vez es la definitiva? No le gustaría morir ahora. ¡Queda tanto por hacer! La teoría unificada de la que hablaba Einstein le apasiona últimamente. Piensa que el día en que ésta se confirme, tendrán respuestas las grandes interrogantes acerca de dónde venimos y por qué estamos aquí, y éste será el triunfo definitivo de la razón humana, pues entonces conoceremos el pensamiento de Dios.